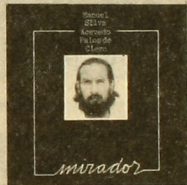


Palos de ciego



Por Manuel Silva Acevedo.

Ediciones LAR. Concepción, 1986. 61 páginas.

La pasión gloriosa del libro único, aquel que va y viene de un texto a otro, amplificando un motivo, sacudiendo del árbol primordial las hojas hasta que no lleguen al suelo perdiéndose en la nada, podría ser la aspiración de un poeta cuya obra ha ido acrecentándose en títulos y en intensidad con los años. Siempre ceñido, con la urgencia de la búsqueda de un tono; atrapado por la vorágine del amor; guiando la nave en medio de la tempestad, Manuel Silva ha ido buscándose a sí mismo para no perderse en los otros, evitando deslizarse en la "llaga viva", poniendo la mano en el "cuello pálido", esquivando a una sola muerte, ésa que toma la forma de la "desdentada" o de la "deslenguada" o de la feroz "descarnada" que medusea en el páramo.

Se trata de un poeta sabio en dolores, listo en olvidos, presto en temporales, rápido en las calles, atento en las avenidas de los grandes ríos, dueño de una experiencia que enriquece la poesía y alarga la desdicha y el temor, en un ir y venir que se convierte en la voluntad de llegar a ser, borrando y reescribiendo la misma vida. No se desmide, aunque de repente pueda impetrar o maldecir; no atenúa, pues el amasijo es tan terrible que todo cae en él, sin que haya otra criba que la que el dolor propone. Es una poesía que no pretende escribirse como un largo canto ceremonial, sino como avisos en los oídos de

los iniciados, dispuestos a oír a este hombre que canta sin temor, en voz alta, coronaciones, alegrías, desánimos y ejecuciones.

En *Palos de ciego*, hay un retorno constante a esa ampliación del elemento fundador de su poesía: el amor, que siempre anda en tratos con el tiempo y con la muerte. Por ello, esta autorreferencia fúnebre me parece una clave en la búsqueda de la síntesis que parece constituir su viaje misterioso en procura de un territorio en donde detenerse:

*Aquí se deja por escrito
que ésta es la muerte que merezco
Ningún otro amor pudo saciarme
Aj fuera me quedé
mirando el interior por la ventana
Otro que no era yo
besaba una mujer que se iba derritiendo
Una y mil veces la penetraba
como una ola de mar*

*Pretendí desposarme con la tierra
nunca quise otra cosa*

En *Lobos y ovejas*, en *Monte de Venus*, en *Terrores diurnos* y en este *Palos de ciego*, afirma cada vez con la misma fuerza el envío inicial. Manuel Silva Acevedo se arroja, cuerpo a cuerpo, sobre una poesía que no pide tregua, porque está hecha de muchísimos frutos desprendidos naturalmente del viejo árbol, ése que, en cualquier Paraíso, a su peligrosa sombra, suscita la Caída para volver a hallar a la misma Eva primordial, convertida en poema, repitiendo una forma que se enriquece en cada nueva incursión, haciendo el paisaje humano, del marco y de la historia, una forma dramática de "no ha lugar", feroz parte de la misma vida; del amor, por cierto, y de esas palabras que son las verdaderas...□

Alfonso Calderón